

estudios

Hacia una educación de la lectura

Creo que el tema que hoy me ocupa —motivo para mí de esencial dedicación y preocupación— puede interesar muy especialmente a los lectores de la REVISTA DE EDUCACIÓN, en cuyas páginas, siempre abiertas y acogedoras, he venido tratando —ya desde 1952— de estas mismas cuestiones fundamentales (1).

Son varios los aspectos de este artículo, que expongo por el siguiente orden: 1.º Nubarrones actuales sobre la lectura: la prisa, la técnica y el materialismo; 2.º Otro peligro progresivo: la masificación de la cultura; 3.º Un pecado grave: la desvalorización de ciertos valores; 4.º Aliados que se convierten en enemigos de la lectura: la radio, el cine, la televisión; 5.º Interpretación y valoración de la lectura; 6.º La técnica o arte de leer; 7.º El buen gusto en la selección de libros: ética y estética de la lectura; y 8.º Hacia una educación de la lectura.

* * *

NUBARRONES ACTUALES SOBRE LA LECTURA: LA PRISA, LA TÉCNICA, EL MATERIALISMO.

En el tormentoso vivir de nuestro tiempo se cierren sobre la lectura tres nubarrones inquietantes: la prisa del hombre actual, el exceso de técnica y el predominio, cada vez más intenso, aunque más o menos encubierto, del materialismo.

Vivimos hoy acuciados por la prisa. Una prisa muchas veces injustificada: prisa por acudir muy pronto a todas partes con riesgo frecuente de no estar en ninguna; prisa por despachar en seguida cualquier trabajo, con penosa ignorancia de la obra bien hecha; prisa en el requerimiento de informes, datos o estadísticas que, luego, duermen tal vez en las oficinas; prisa por ganar mucho dinero y por triunfar; prisa también por salir de nosotros mismos hacia un extraño descentramiento que, en lenguaje corriente, suele llamarse "despiste". El hombre actual es, con frecuencia —como ahora se dice—, un hombre "despistado". Todo este afán absurdo e inconsciente de apresuramiento, toda esta prisa por huir de sí mismo sin una meta superior que justifique tan rápida evasión, ha privado, por lo general, al hombre de nuestro tiempo de uno de los placeres antiguos más favo-

(1) Cfr. mis artículos de este carácter publicados en la REVISTA DE EDUCACIÓN: *Aspecto social de la lectura*, número 2, mayo-junio 1952, págs. 127-133; *Literatura de urgencia*, núm. 11, junio 1953, págs. 268-275; *Las clases de Bibliografía en el Curso Preuniversitario*, núm. 40, febrero 1956, págs. 125-127; *La colaboración de los maestros con la biblioteca*, núm. 57, 2.ª quincena de febrero de 1957, págs. 6-9; *La lectura ante el futuro*, núm. 93, 2.ª quincena de febrero de 1959, págs. 1-5.

recedores de la lectura, la calma, el sosiego creador. El hombre de hoy no tiene, quizá porque lo ha perdido sin darse cuenta y no acierta a recuperarlo, ese sosiego que invita a la lectura y origina el diálogo consigo mismo, diálogo fructífero del que, a veces, han surgido ideas, creándose nuevas formas de vida, esto es, renovándose el lento hacer de la cultura.

El otro nubarrón amenazador es el exceso de técnica, exigida por una masa humana que aumenta en progresión creciente. Los 850 millones que poblaban la tierra en 1800 se han convertido hoy en más de 2.000 millones. Este aumento —como observa Jaspers (2)— ha sido posible por la técnica. No sólo se ha mecanizado la industria. Se ha mecanizado también la vida cotidiana del hombre. Tal exceso de técnica roba al hombre actual continuamente muchas horas de soledad e intimidad que antes poseía y canalizaba, en ocasiones, hacia la lectura. Hasta en las horas de las comidas ha perdido el hombre de hoy —por la invasión de la radio y la televisión en su propio hogar— momentos de diálogo e intimidad familiar. El locutor, la canzonetista de moda, los anuncios de la cocina eléctrica y el coñac y los mil concursos comerciales de cada día le distraen más y más, hurtándole no pocas veces, en el sosiego de la sobremesa, el placer de leer un buen libro.

Se cierne también sobre la lectura esa otra nube no menos amenazadora de un creciente aunque más o menos encubierto materialismo. El hombre actual, acuciado por la lucha difícil en la carrera del vivir, preocupado no sólo por la necesidad de trabajar más para subsistir, sino lanzado y como engolosinado por una fiebre de vivir cada vez mejor, abandona quizá con mayor frecuencia que antes, todo aquello —la lectura, entre otros valores del espíritu— que no le conduce inmediatamente al logro de sus afanes de felicidad material.

OTRO PELIGRO PROGRESIVO: LA MASIFICACIÓN DE LA CULTURA.

De todo este clima ambiental de nuestro tiempo cabe una parte de responsabilidad a otro peligro progresivo: la masificación de la cultura. Crece hoy más que nunca, invadiéndolo todo, "la semicultura, producto mental en serie, uniformidad, pereza, achatación y prefabricación de las concepciones" (3). En esta "masificación de la cultura" —como observa Sánchez Marín— se llega a la dessubstanciación de las ideas más sutiles usadas sin previa reelaboración personal; a la "standirización" mental; al terrible influjo de la propaganda y de los "slogans" publicitarios; y a la falsa sensación de plenitud cultural. Aún sería preciso añadir que la impersonalidad más estúpida y unilateral se adueña, en proporción alarmante, de la mentalidad de las masas: no sólo se cantan ya las mismas canciones en todas partes, sino

(2) Cfr. Karl Jaspers: *El ambiente espiritual de nuestro tiempo*. Barcelona, 1933.

(3) Cfr. F. G. Sánchez Marín: *El intelectual católico*. Madrid, 1954.

que se tararean iguales fondos musicales publicitarios del coñac o el jabón que más se anuncian por la radio y la televisión, y son los mismos gestos, idénticas palabras e iguales ademanes que los de los protagonistas del "film" de moda los que siguen luego las parejas de enamorados y los jóvenes, en general, de las cinco partes de la tierra.

Se han descubierto ya —con gran satisfacción para las gentes— los moldes *ideales* para todos y todas las cosas, sin necesidad de que nadie tenga que pensar. Si la lectura invita al coloquio con el autor de un libro y de ese coloquio convivencial han de surgir ideas y pensamientos, ¿no es más cómodo que leer, ver y oír ante la pantalla del cine y la televisión esos moldes que se nos brindan para todo? Tal parece ser el mensaje oculto de la semicultura de nuestro tiempo. "La objetividad general, al imponer la posibilidad de comprensión para todos —dice Jaspers (4)— trae por consecuencia un lenguaje universal de todas las modalidades humanas de conducta. No sólo las modas, sino las reglas de comportamiento, los ademanes, la manera de hablar, los estilos informativos son unificados... Parece que el mundo haya de caer en manos de la mediocridad, de los hombres sin destino, sin rango y sin verdadera humanidad."

El hombre, que es espíritu, es siempre más de lo que sabe de sí mismo, en tanto que la masa en sí no sabe lo que quiere. Lo ignora porque se aleja del espíritu cuanto se acerca a los instintos, y su pensamiento es torpe, impaciente, simplista y unilateral.

"El mundo es realmente —ya lo advierte Heer (5)— un mundo de masas abandonadas, de posibilidades no aprovechadas, de individuos cuya intimidad no se ha tenido en cuenta." Se hace preciso que "el hombre se acuerde de sí mismo" (6) y nunca es, quizá, más necesario que ahora, mediante una educación encaminada hacia la lectura, devolver al hombre de hoy esa su intimidad, triste y lamentablemente desaprovechada, porque no se ha sabido tener en cuenta.

UN PECADO GRAVE: LA DESVALORIZACIÓN DE CIERTOS VALORES.

La vulgaridad ambiente producida por la progresiva masificación de la cultura, o dicho de otro modo, por la semicultura para las masas, hace incurrir con frecuencia al hombre actual en un pecado grave que atenta contra el espíritu y, consiguientemente, contra la lectura: la desvalorización de ciertos valores humanos fundamentales: la creciente disminución del sentido de responsabilidad en el hogar, en el trabajo, en la vida diaria; la palabrería y el tópico, del que son víctimas, a menudo, la cultura y la educación; el giro crematístico por el que se tuercen y malogran no pocas vocaciones o actuaciones profesionales; el desinterés y la ignorancia hacia problemas hondos y humanos; o el tono creciente de angustia vital de la juventud de nuestros días que, quizá desilusionada al no buscar o no saber hallar auténticos ideales, degenera en estúpidas y lamentables eva-

siones hacia las más absurdas y disparatadas facetas del "snobismo" y el "gamberrismo".

ALIADOS QUE SE CONVIERTEN EN ENEMIGOS DE LA LECTURA: EL CINE, LA RADIO, LA TELEVISIÓN.

Ya he dicho hace tiempo (7) que, ante el valor permanente del libro, los medios audiovisuales —cine, radio, televisión— no son sus enemigos ni sus destructores, sino que son o deben ser sus complementos o auxiliares, ya que de una ponderada colaboración de los medios audiovisuales con la difusión del libro cabe esperar espléndidos frutos. Porque esas técnicas pueden sembrar inquietudes, despertar curiosidad, engendrar nobles apetencias, y el libro puede llegar después para fijar conocimientos, para enseñar a pensar, para producir, en fin, en cada hombre una atmósfera creadora y constructiva. Pero hoy no basta ya aquel consejo de Ortega y Gasset, "ser policías del libro enfurecido". Por el hecho mismo de que las voces y las imágenes de receptores y pantallas se graban con universal rapidez en los oídos y en las retinas de todos los hombres, hoy debemos evitar también que el cine, la radio y la televisión se conviertan en heraldos de la semicultura para las masas y en altivos dominadores de una técnica puesta al servicio de la vulgaridad.

Si el libro anodino o perverso hace daño a la sensibilidad y ofende a la moral, todas estas técnicas prodigiosas, mal encauzadas, pueden ser mucho más nocivas para el espíritu que la más devastadora de las guerras, porque este otro impacto visual y auditivo es aún más activo sobre la pasividad de la masa, que ni está educada ni suele poseer suficiente sensibilidad y, mucho menos, un criterio firme.

INTERPRETACIÓN Y VALORACIÓN DE LA LECTURA.

"El objeto de la cultura —dice un pedagogo actual (8)— es obtener de una página impresa la información, los pensamientos o sentimientos que el autor trata de llevar hasta sus lectores."

Calá mucho más hondo en la interpretación y valoración de la lectura Laín Entralgo (9), quien la define como "un silencioso coloquio del lector con el autor de lo leído". "El coloquio lectivo —añade— es, ante todo, recreación, así de la materia leída como del alma lectora. El lector, además de recrear, se recrea, se crea a sí mismo de nuevo, vuelve a crear su propio espíritu." Laín distingue, según la materia leída, la intención del que lee y el resultado psicológico del acto de leer, tres especies de lectura: la *diversiva*, la *convivencial* y la *perfectiva*. La primera, la que divierte, nos permite "estrenar un modo de vivir sugestivo y fugaz", ya que nos transmuta, nos enriquece, nos afirma o nos depura; luego, la lectura convivencial pone al lector en trance de ejercitar,

(7) Cfr. mi ensayo *Importancia del libro en la historia de la humanidad y su valor formativo para la sociedad actual*. Madrid, 1956, págs. 77 y ss.

(8) Cfr. G. G. Neill Wright: *Cómo se debe estudiar*. Barcelona, 1956.

(9) Cfr. Pedro Laín Entralgo: *Notas para una teoría de la lectura*. Madrid, 1952.

(4) Op. cit.

(5) Cfr. Heinrich Heer: *Actitud del cristiano al comienzo de la era atómica*. Madrid, 1955.

(6) Karl Jaspers: Op. cit.

sépalolo él o no, un acto de convivencia; por último, la perfectiva —cuyas tres vías son el saber, la belleza y el amor— incrementa, esclarece y profundiza nuestros conocimientos y nos perfecciona, porque leyendo “el hombre trata de ser distinto de lo que habitualmente es, de ser más y mejor que antes de su lectura”.

LA TÉCNICA O ARTE DE LEER.

André Maurois, otro excelente definidor de la lectura —que él clasifica en *lectura-vicio*, *lectura-placer* y *lectura-trabajo*— se nos aparece también como un maestro depurado y exquisito de la técnica o arte de leer. Son cinco las reglas que da Maurois (10): 1.ª Vale más conocer perfectamente algunos escritores y algunos temas que conocer superficialmente un gran número de autores; 2.ª Hacer en las lecturas un gran sitio a los grandes textos; 3.ª Elegir bien su nutrimento; 4.ª Rodear nuestras lecturas de una atmósfera de recogimiento y de respeto; y 5.ª Hacerse digno de los grandes libros. Toda su teoría se reduce a estas breves pero expresivas palabras: “El arte de leer es, en una gran parte, el arte de volver a encontrar la vida en los libros y de, gracias a ellas, comprenderla mejor”.

EL BUEN GUSTO EN LA SELECCIÓN DE LIBROS: ÉTICA Y ESTÉTICA DE LA LECTURA.

El arte de leer implica, además y en primer término, el arte de seleccionar los libros con un criterio de buen gusto, dentro de principios básicos y esenciales de carácter ético y estético. “La selección —dice James (11)— es la verdadera quilla sobre la cual está construido nuestro buque mental.”

Aunque a nadie se le ocurre tomar una medicina sin la previa recomendación del médico, son muy pocos los que piensan si un libro es o no adecuado a su edad, a su formación, a sus especiales o particulares circunstancias. Son los más los que se encuentran en la imposibilidad de seleccionar; pero son los menos quienes tratan de procurarse orientación. Por otra parte, también se ha descuidado bastante hasta ahora esta importantísima y responsable misión orientadora, que incumbe a padres y educadores, a profesores, críticos, bibliotecarios, editores, libreros, etc.

Poseer un firme y recto criterio ético y estético implica una formación moral y literaria que, con frecuencia, no suele estar al alcance de la mayoría. Pero inculcar —en el hogar, en la escuela, en los diversos centros de enseñanza— un elemental sentido del buen gusto, ya es bastante más fácil, porque se reduce a pulsar, a afinar las cuerdas de la sensibilidad, más o menos adormecida, de cada niño, de cada adolescente. Si hacemos caso a Octavio de Romeu —el personaje d'orsiano (12)—, “lo más revolucionario que se puede hacer es tener buen gusto”. Nada hay, por

otra parte, más difícil de definir y sería un *desideratum* imposible o utópico pretender unanimidad en el buen gusto. Lo impide, entre mil causas y matices temperamentales, el diferente nivel cultural de los hombres. Además, se nace o no con gusto, lo mismo que se nace rubio, alto, bajo, delgado o moreno. El gusto es, en definitiva, una cualidad del espíritu. Y el buen gusto —ya lo dijo el preceptista italiano Muratori— no es otra cosa sino el discernimiento de lo mejor. Para aprender a discernir, o al menos, a intuir lo mejor, es preciso, en primer término, el soporte de una sensibilidad un poco cultivada. Tras de este punto de partida, es necesario educar al niño y al adolescente en unos principios éticos y estéticos fundamentales. En orden a la selección de libros —tendente a una educación de la lectura— estos principios éticos y estéticos deben permanecer estrechamente unidos, porque en cualquier libro tendremos ocasión de estimar una serie de valores morales y estéticos. Así, desde un punto de vista sano, recto y objetivo, se hace preciso seleccionar los libros con un criterio a la vez moral y literario, si bien dentro de un sentido abierto, amplio y flexible que rechace por igual lo torpe y lo repugnante como lo blandengue y lo gazmoño. Si la moral es un supuesto previo a todos los actos humanos, y si la obra literaria es una labor de creación —otro acto humano— habrá que exigir en cualquier libro un tono de respeto moral, lo mismo que en lo estético se le debe exigir un tono de dignidad literaria.

De los cuatro o cinco mil libros —no cuento aquí folletos ni publicaciones menores— que al año se editan en España, de mil a mil quinientos son novelas; de éstas, en gran porcentaje, traducciones. Abundan con frecuencia falsas, absurdas, anodinas novelas rosas, policíacas, de aventuras o del Oeste “made in Spain”, a veces con seudónimos más o menos extranjerizantes. Entre todo esto hay toneladas de papel que no debieran imprimirse por la carencia de la más elemental calidad moral y literaria, por la falta más rudimentaria de buen gusto. ¿Es así posible pedir a la masa que seleccione sus lecturas? ¿No es también excesivo para críticos, profesores, bibliotecarios y padres conscientes de familia salvar lo poco que valga la pena de entre tal barahúnda de estúpidos y anodinos engendros? Se han publicado en nuestra lengua catálogos y obras selectivas de libros —a veces, quizá, con un criterio un tanto rígido o condenatorio— que muy pocos conocen; se han designado juntas y comisiones oficiales para velar por los sanos principios de la llamada literatura infantil y juvenil; se han escrito también algunos artículos y ensayos en este sentido. Pero todo o casi todo esto suele caer en el vacío. Se siguen editando y se devoran —pues no lee la masa, sino que más bien devora— folletines absurdos, novelones estúpidos y disparatadas historietas infantiles.

HACIA UNA EDUCACIÓN DE LA LECTURA.

Es, por lo tanto, preciso y urgente llegar hacia una auténtica educación de la lectura, que no consiste en enseñar a leer, sino en inculcar amorosamente, per-

(10) Cfr. André Maurois: *Un arte de vivir* (cap. *El arte de leer*, págs. 120-125). 4.ª ed. Buenos Aires, 1940.

(11) Cfr. W. James: *Principios de Psicología*.

(12) Cfr. Eugenio d'Ors: *U-turn-it: Releyendo a Azorín*. *Síntesis*.

suasivamente, el afán de leer; el infiltrar en el niño y en el adolescente un sentido elemental de buen gusto al seleccionar el alimento espiritual de los libros, del mismo modo que el hombre refinado sabe elegir y aderezar los manjares que se dispone a comer.

No creo, ciertamente, que el camino más eficaz sea el de las disposiciones oficiales. Antes será necesario crear en este sentido un estado colectivo de opinión, el cual puede partir de una minoría educadora —profesores, críticos, bibliotecarios, autores, editores— para extenderse luego, de modo general, a padres y maestros primarios e ir llegando, poco a poco, hasta la masa. Se hace preciso, eso sí, desde arriba, una atención mayor hacia ese tipo de publicaciones anodinas y perjudiciales; cabe también un estímulo —ahora que hay tal epidemia de ellos, mediante premios literarios— hacia nuevos derroteros, más dignos y de más alto nivel, de toda esa mal llamada producción editorial que hoy cautiva a las masas. Se tropezará, naturalmente —como sucede en el cine, la radio y la televisión— con graves y arraigados intereses crematísticos. Pero es urgente proceder a una serena, profunda y reposada revisión tendente a encauzar a la masa amorfa, que si tiene hoy mal gusto es porque nadie se ha preocupado en serio de que lo tenga bueno. No cabe otro camino.

Paralelamente, hay que pensar cada día más en ir educando en este sentido a muchos padres, a la vez de proporcionar a los maestros rurales y a cuantos cultivan la enseñanza primaria o media —a través de publicaciones, cursillos, conferencias, coloquios, etc.— las orientaciones adecuadas y renovadas para que puedan acometer, al día, esta importantísima labor educadora. Porque no hemos de conformarnos sólo con los halagüeños resultados del número de nuevas escuelas construidas y con la considerable disminución del analfabetismo, si luego se lee poco o se lee mal. Que éste es otro tipo de analfabetismo relativo no menos desolador y peligroso que el absoluto de quienes no han aprendido aún a deletrear.

JOSÉ ANTONIO PÉREZ-RIOJA.

Prejuicios nacionalistas y formación geográfica

“Pensar geográficamente —se ha dicho— es pensar universalmente.” Ya de antiguo, los geógrafos fueron ante todo hombres preocupados por la terra incognita. No le bastaba al geógrafo encerrarse en las cuatro paredes del conocimiento habitual; le fue consustancial el espíritu de aventura. Quizá este hábito de saltar por encima de los límites conocidos ha permanecido en ellos aún después de haberse completado la redondez del globo. Ya no quedan tierras sin hollar; en estos últimos años los periódicos de todo el mundo han cumplimentado la última noticia que quedaba por reseñar. Desde las más altas cimas del Everest hasta la más extrema latitud en la Antártida, la tierra ha roto su última virginidad. Fru-

to de una larga tradición, sin embargo, al geógrafo le ha quedado un espíritu de incompatibilidad con la rutina.

También el conocimiento, como toda actividad humana, gravita hacia la rutina. Existe en el hombre la tendencia al conservadurismo, a quedarse con el conocimiento concluso; el repudio a la propia revisión, a abrir fisuras en la esfera de sus conocimientos. Parece lógico que la geografía, después de haber fijado sus últimas lindes a la tierra, se quedara arrinconada en el archivo de las cosas conquistadas. Existen quienes piensan que la geografía es una “ciencia acabada”. Sin embargo, ya desde comienzos de siglo esta materia ha desbordado los límites que le fijaba su propio nombre. La que fue antaño simple nomenclatura y descripción de la superficie del globo ha ganado terreno al filo del desarrollo de las ciencias humanas: sociología, etnología, sicología social, demografía, etc. Ella misma se ha vuelto económica y humana. En algunos países tiende incluso a desaparecer nominalmente para renacer bajo la designación más amplia de “estudios sociales”. Este hecho apunta una tendencia de innovación, de propia revisión incuestionable en la ciencia geográfica actual.

EL SENTIDO UNIVERSALISTA EN LA GEOGRAFÍA.

La Unesco convocó en 1950 una reunión en el Mac Donald College de Saint-Anne-de-Bellevue (Montreal) para aclarar los fines pedagógicos de esta asignatura. Asistieron 44 miembros procedentes de 23 países. Este organismo, creado en la última postguerra para realizar una labor de acercamiento entre los distintos pueblos, fija sus principales objetivos en la educación. En este Congreso se trataba de llevar el enfoque de la geografía —como enseñanza— hacia la comprensión internacional. No se crea demasiado ajeno a la geografía este cometido. Como se demostró ampliamente a lo largo de las diversas intervenciones del Congreso, el espíritu geográfico es en pura desnudez universalismo. Sin duda toda la enseñanza viene a ser un descubrimiento del mundo y del hombre. Pero quizá en la clase de Geografía mejor que en ninguna otra se adquiere conciencia de esta aventura. El mundo exterior se abre a una paciente y progresiva exploración; comienza a descifrarse el misterio de la rosa de los vientos. Pero sobre todo el hombre, el hombre distintos de otras latitudes, asoma a las páginas de la geografía con su perfil peculiar. El joven alumno se familiariza así con las más extrañas siluetas y las va integrando en su concepción de la vida. Por otra parte, la ciencia geográfica —por su propio dinamismo— tiende a examinar los fenómenos de superficie en razón de su solidaridad, de su complementariedad recíproca; es decir, la geografía tiende a revelarnos la unidad planetaria.

Analícemos esto más detenidamente. La geografía nos da el sentido del espacio como la historia nos da el sentido del tiempo. La geografía define el escenario de la vida humana, la historia describe el drama en sí mismo. Ocurre que hoy día —era del transporte aéreo— este escenario se ha reducido conside-